



06

mayo

Domingo VI de Pascua
(Ciclo B) – 2018

1. TEXTOS LITÚRGICOS

1.a LECTURAS

Cuando la Ascensión del Señor se celebra el domingo siguiente, en este domingo VI de Pascua pueden leerse la segunda lectura y el Evangelio asignados al séptimo domingo.

*El Espíritu Santo era derramado
también sobre los paganos*

Lectura de los Hechos de los Apóstoles 10, 25-26. 34-36. 44-48

Cuando Pedro entró, Cornelio fue a su encuentro y se postró a sus pies. Pero Pedro lo hizo levantar, diciéndole: «Levántate, porque yo no soy más que un hombre.»

Después Pedro agregó: «Verdaderamente, comprendo que Dios no hace acepción de personas, y que en cualquier nación, todo el que lo teme y practica la justicia es agradable a Él. Él envió su Palabra al pueblo de Israel, anunciándoles la Buena Noticia de la paz por medio de Jesucristo, que es el Señor de todos. Todos los profetas dan testimonio de Él, declarando que los que creen en Él reciben el perdón de los pecados, en virtud de su Nombre.»

Mientras Pedro estaba hablando, el Espíritu Santo descendió sobre todos los que escuchaban la Palabra. Los fieles de origen judío que habían venido con Pedro quedaron maravillados al ver que el Espíritu Santo era derramado también sobre los paganos. En efecto, los oían hablar diversas lenguas y proclamar la grandeza de Dios.

Pedro dijo: «¿Acaso se puede negar el agua del bautismo a los que recibieron el Espíritu Santo como nosotros?» Y ordenó que fueran bautizados en el nombre del Señor Jesucristo. Entonces le rogaron que se quedara con ellos algunos días.

Palabra de Dios.

SALMO Sal 97, 1-4

R. *El Señor reveló su victoria a las naciones.*

O bien:

Aleluia.

Canten al Señor un canto nuevo,
porque él hizo maravillas:
su mano derecha y su santo brazo
le obtuvieron la victoria. **R.**

El Señor manifestó su victoria,
reveló su justicia a los ojos de las naciones:
se acordó de su amor y su fidelidad
en favor del pueblo de Israel. **R.**

Los confines de la tierra han contemplado
el triunfo de nuestro Dios.
Aclame al Señor toda la tierra,
prorrumpen en cantos jubilosos. **R.**

Dios es amor

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 4, 7-10

Queridos míos, amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios, y el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios.

El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor.

Así Dios nos manifestó su amor: envió a su Hijo único al mundo, para que tuviéramos Vida por medio de él. Y este amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó primero, y envió a su Hijo como víctima propiciatoria por nuestros pecados.

Palabra de Dios.

ALELUIA **Jn 14, 23**

Aleluia.

Dice el Señor: El que me ama será fiel a mi palabra,
y mi Padre lo amará e iremos a él.

Aleluia.

EVANGELIO

*No hay amor más grande
que dar la vida por los amigos*

+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Juan 15, 9-17

Jesús dijo a sus discípulos:

«Como el Padre me amó, también yo los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor. Si cumplen mis mandamientos, permanecerán en mi amor, como yo cumplí los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.

Les he dicho esto para que mi gozo sea el de ustedes, y ese gozo sea perfecto.

Este es mi mandamiento: Ámense los unos a los otros, como yo los he amado. No hay amor más grande que dar la vida por los amigos. Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando. Ya no los llamo servidores, porque el servidor ignora lo que hace su señor; yo los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que oí de mi Padre.

No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes, y los destiné para que vayan y den fruto, y ese fruto sea duradero. Así todo lo que pidan al Padre en mi Nombre, él se lo concederá.

Lo que yo les mando es que se amen los unos a los otros.»

Palabra del Señor

1.b GUIÓN PARA LA MISA

Guión Domingo VI de Pascua (B)

Entrada:

Celebramos hoy el sexto domingo de Pascua. La Iglesia se aproxima ya a la culminación del Tiempo Pascual y a la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. En este Santo Sacrificio de la Misa el Espíritu Santo se hará presente y ofrecerá la Divina Víctima. Unámonos a ella con corazón sincero.

Primera Lectura:

Hch 10,25-26. 34-35. 44-48

Dios demuestra la universalidad de su amor salvífico al derramar el don del Espíritu divino a los paganos.

Segunda Lectura:

1 Jn 4,7-10

Dios nos manifestó su amor enviando a su Hijo único para salvarnos.

Evangelio:

Jn 15,9-17

En el evangelio, Jesucristo nos da el gran mandamiento del amor al prójimo, del cual nace la alegría para el hombre.

Preces:

Hermanos, a ese Dios que es Amor y que se complace en escuchar las oraciones de sus hijos, elevemos nuestras súplicas confiadas.

A cada intención respondemos cantando:

* Por el Papa Francisco y por la Iglesia a él encomendada, para que la riqueza de dones que el Espíritu Santo le dispensa contribuya al crecimiento de la paz y de la justicia en el mundo. Oremos.

* Por la promoción y defensa de la vida humana, y para que los responsables de las Instituciones públicas las defiendan con leyes eficaces, desde la concepción hasta su término natural. Oremos.

* Por todos los que sufren por causa de la enfermedad, la soledad y la pobreza; para que puedan conocer y experimentar en medio de sus sufrimientos el amor con que los has amado. Oremos.

* Por Argentina, para que no se apruebe la despenalización del aborto. Oremos.

* Por todos nosotros, para que día a día podamos descubrir y reconocer el Amor infinito que Dios nos tiene y podamos transmitirlo a todos los que nos rodean. Oremos.

Que los confines de la tierra conozcan tu obra Señor y te glorifiquen al descubrir lo que haces por tus hijos. Por Jesucristo nuestro Señor.

Nosotros mismos somos la ofrenda que unida a Cristo quiere entregarse al Padre en un único sacrificio de alabanza.

Presentamos:

* **Incienso**, y con él nuestros deseos de vivir en una continua acción de gracias.

* **Pan y vino**, y nuestra acción de gracias unida a la que Cristo ofrece al Padre.

Comunión:

El Cuerpo de Cristo que vamos a comulgar es la causa del amor y la fuerza que nos permite amar al prójimo.

Salida:

Después de haber celebrado el Sacramento del Amor, vayamos al mundo con alegría y esperanza para anunciar a los hombres que el amor vence siempre y es la fuente de toda alegría.

(Gentileza del Monasterio "Santa Teresa de los Andes" (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

Párrafos del Catecismo de la Iglesia Católica sugeridos por Directorio Homilético

Sexto domingo de Pascua

CEC 2746-2751: la oración de Cristo en la Última Cena

CEC 214, 218-221, 231, 257, 733, 2331, 2577: Dios es amor

CEC 1789, 1822-1829, 2067, 2069: el amor a Dios y al prójimo observa los Mandamientos

CEC 2347, 2709: la amistad con Cristo

LA ORACION DE LA HORA DE JESUS

2746 Cuando ha llegado su hora, Jesús ora al Padre (cf Jn 17). Su oración, la más larga transmitida por el Evangelio, abarca toda la Economía de la creación y de la salvación, así como su Muerte y su Resurrección. Al igual que la Pascua de Jesús, sucedida "una vez por todas", permanece siempre actual, de la misma manera la oración de la "hora de Jesús" sigue presente en la Liturgia de la Iglesia.

2747 La tradición cristiana acertadamente la denomina la oración "sacerdotal" de Jesús. Es la oración de nuestro Sumo Sacerdote, inseparable de su sacrificio, de su "paso" [pascua] hacia el Padre donde él es "consagrado" enteramente al Padre (cf Jn 17, 11. 13. 19).

2748 En esta oración pascual, sacrificial, todo está "recapitulado" en El (cf Ef 1, 10): Dios y el mundo, el Verbo y la carne, la vida eterna y el tiempo, el amor que se entrega y el pecado que lo traiciona, los discípulos presentes y los que creerán en El por su palabra, la humillación y la Gloria. Es la oración de la unidad.

2749 Jesús ha cumplido toda la obra del Padre, y su oración, al igual que su sacrificio, se extiende hasta la consumación de los siglos. La oración de la "hora de Jesús" llena los últimos tiempos y los lleva hacia su consumación. Jesús, el Hijo a quien el Padre ha dado todo, se entrega enteramente al Padre y, al mismo

tiempo, se expresa con una libertad soberana (cf Jn 17, 11. 13. 19. 24) debido al poder que el Padre le ha dado sobre toda carne. El Hijo que se ha hecho Siervo, es el Señor, el Pantocrator. Nuestro Sumo Sacerdote que ruega por nosotros es también el que ora en nosotros y el Dios que nos escucha.

2750 Si en el Santo Nombre de Jesús, nos ponemos a orar, podemos recibir en toda su hondura la oración que él nos enseña: "Padre Nuestro". La oración sacerdotal de Jesús inspira, desde dentro, las grandes peticiones del Padrenuestro: la preocupación por el Nombre del Padre (cf Jn 17, 6. 11. 12. 26), el deseo de su Reino (la Gloria; cf Jn 17, 1. 5. 10. 24. 23-26), el cumplimiento de la voluntad del Padre, de su Designio de salvación (cf Jn 17, 2. 4. 6. 9. 11. 12. 24) y la liberación del mal (cf Jn 17, 15).

2751 Por último, en esta oración Jesús nos revela y nos da el "conocimiento" indisociable del Padre y del Hijo (cf Jn 17, 3. 6-10. 25) que es el misterio mismo de la vida de oración.

III DIOS, "EL QUE ES", ES VERDAD Y AMOR

214 Dios, "El que es", se reveló a Israel como el que es "rico en amor y fidelidad" (Ex 34,6). Estos dos términos expresan de forma condensada las riquezas del Nombre divino. En todas sus obras, Dios muestra su benevolencia, su bondad, su gracia, su amor; pero también su fiabilidad, su constancia, su fidelidad, su verdad. "Doy gracias a tu nombre por tu amor y tu verdad" (Sal 138,2; cf. Sal 85,11). El es la Verdad, porque "Dios es Luz, en él no hay tiniebla alguna" (1 Jn 1,5); él es "Amor", como lo enseña el apóstol Juan (1 Jn 4,8).

Dios es Amor

218 A lo largo de su historia, Israel pudo descubrir que Dios sólo tenía una razón para revelársele y escogerlo entre todos los pueblos como pueblo suyo: su amor gratuito (cf. Dt 4,37; 7,8; 10,15). E Israel comprendió, gracias a sus profetas, que también por amor Dios no cesó de salvarlo (cf. Is 43,1-7) y de perdonarle su infidelidad y sus pecados (cf. Os 2).

219 El amor de Dios a Israel es comparado al amor de un padre a su hijo (Os 11,1). Este amor es más fuerte que el amor de una madre a sus hijos (cf. Is 49,14-15). Dios ama a su Pueblo más que un esposo a su amada (Is 62,4-5); este amor vencerá incluso las peores infidelidades (cf. Ez 16; Os 11); llegará hasta el don más precioso: "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único" (Jn 3,16).

220 El amor de Dios es "eterno" (Is 54,8). "Porque los montes se correrán y las colinas se moverán, mas mi amor de tu lado no se apartará" (Is 54,10). "Con amor eterno te he amado: por eso he reservado gracia para ti" (Jr 31,3).

221 Pero S. Juan irá todavía más lejos al afirmar: "Dios es Amor" (1 Jn 4,8.16); el ser mismo de Dios es Amor. Al enviar en la plenitud de los tiempos a su Hijo único y al Espíritu de Amor, Dios revela su secreto más íntimo (cf. 1 Cor 2,7-16; Ef 3,9-12); él mismo es una eterna comunicación de amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y nos ha destinado a participar en Él.

231 *El Dios de nuestra fe se ha revelado como **El que es**; se ha dado a conocer como "rico en amor y fidelidad" (Ex 34,6). Su Ser mismo es Verdad y Amor.*

IV LAS OBRAS DIVINAS Y LAS MISIONES TRINITARIAS

257 "O lux beata Trinitas et principalis Unitas!" ("¡Oh Trinidad, luz bienaventurada y unidad esencial!") (LH, himno de vísperas) Dios es eterna beatitud, vida inmortal, luz sin ocaso. Dios es amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios quiere comunicar libremente la gloria de su vida bienaventurada. Tal es el "designio benevolente" (Ef 1,9) que concibió antes de la creación del mundo en su Hijo amado, "predestinándonos a la adopción filial en él" (Ef 1,4-5), es decir, "a reproducir la imagen de su Hijo" (Rom 8,29) gracias al "Espíritu de adopción filial" (Rom 8,15). Este designio es una "gracia dada antes de todos los siglos" (2 Tm 1,9-10), nacido inmediatamente del amor trinitario. Se despliega en la obra de la creación, en toda la historia de la salvación después de la caída, en las misiones del Hijo y del Espíritu, cuya prolongación es la misión de la Iglesia (cf. AG 2-9).

El Espíritu Santo, El Don de Dios

733 "Dios es Amor" (1 Jn 4, 8. 16) y el Amor que es el primer don, contiene todos los demás. Este amor "Dios lo ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rm 5, 5).

I "HOMBRE Y MUJER LOS CREO..."

2331 "Dios es amor y vive en sí mismo un misterio de comunión personal de amor. Creándola a su imagen ... Dios inscribe en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación, y consiguientemente la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión" (FC 11).

"Dios creó el hombre a imagen suya...hombre y mujer los creó" (Gn 1,27). "Creced y multiplicaos" (Gn 1,28); "el día en que Dios creó al hombre, le hizo a imagen de Dios. Los creó varón y hembra, los bendijo, y los llamó "Hombre" en el día de su creación" (Gn 5,1-2).

2577 De esta intimidad con el Dios fiel, tardo a la cólera y rico en amor (cf Ex 34, 6), Moisés ha sacado la fuerza y la tenacidad de su intercesión. No pide por él, sino por el pueblo que Dios ha adquirido. Moisés intercede ya durante el combate con los amalecitas (cf Ex 17, 8-13) o para obtener la curación de Myriam (cf Nm 12, 13-14). Pero es sobre todo después de la apostasía del pueblo cuando "se mantiene en la brecha" ante Dios (Sal 106, 23) para salvar al pueblo (cf Ex 32, 1-34, 9). Los argumentos de su oración (la intercesión es también un combate misterioso) inspirarán la audacia de los grandes orantes tanto del pueblo judío como de la Iglesia. Dios es amor, por tanto es justo y fiel; no puede contradecirse, debe acordarse de sus acciones maravillosas, su Gloria está en juego, no puede abandonar al pueblo que lleva su Nombre.

1789 En todos los casos son aplicables las siguientes reglas:

–Nunca está permitido hacer el mal para obtener un bien.

–La "regla de oro": "Todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros" (Mt 7,12; cf. Lc 6,31; Tb 4,15).

–La caridad actúa siempre en el respeto del prójimo y de su conciencia: "Pecando así contra vuestros hermanos, hiriendo su conciencia...pecáis contra Cristo" (1 Co 8,12). "Lo bueno es...no hacer cosa que sea para tu hermano ocasión de caída, tropiezo o debilidad" (Rom 14,21).

La caridad

- 1822 La caridad es la virtud teologal por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas por él mismo y a nuestro prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios.
- 1823 Jesús hace de la caridad el mandamiento nuevo (cf Jn 13,34). Amando a los suyos "hasta el fin" (Jn 13,1), manifiesta el amor del Padre que ha recibido. Amándose unos a otros, los discípulos imitan el amor de Jesús que reciben también en ellos. Por eso Jesús dice: "Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor" (Jn 15,9). Y también: "Este es el mandamiento mío: que os améis unos a otros como yo os he amado" (Jn 15,12).
- 1824 Fruto del Espíritu y plenitud de la ley, la caridad guarda los mandamientos de Dios y de Cristo: "Permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor" (Jn 15,9-10; cf Mt 22,40; Rm 13,8-10).
- 1825 Cristo murió por amor a nosotros cuando éramos todavía enemigos (cf Rm 5,10). El Señor nos pide que amemos como él hasta nuestros enemigos (cf Mt 5,44), que nos hagamos prójimos del más lejano (cf Lc 10,27-37), que amemos a los niños (cf Mc 9,37) y a los pobres como a él mismo (cf Mt 25,40.45).

El apóstol S. Pablo ofrece una descripción incomparable de la caridad: "La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa. no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta (1 Co 13,4-7).

- 1826 "Si no tengo caridad -dice también el apóstol- nada soy...". Y todo lo que es privilegio, servicio, virtud misma..."si no tengo caridad, nada me aprovecha" (1 Co 13,1-4). La caridad es superior a todas las virtudes. Es la primera de las virtudes teologales: "Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad" (1 Co 13,13).
- 1827 El ejercicio de todas las virtudes está animado e inspirado por la caridad. Esta es "el vínculo de la perfección" (Col 3,14); es la forma de las virtudes; las articula y las ordena entre sí; es fuente y término de su práctica cristiana. La caridad asegura y purifica nuestra facultad humana de amar. La eleva a la perfección sobrenatural del amor divino.
- 1828 La práctica de la vida moral animada por la caridad da al cristiano la libertad espiritual de los hijos de Dios. Este no se halla ante Dios como un esclavo, en el temor servil, ni como el mercenario en busca de un jornal, sino como un hijo que responde al amor del "que nos amó primero" (1 Jn 4,19):

O nos apartamos del mal por temor del castigo y estamos en la disposición del esclavo, o buscamos el incentivo de la recompensa y nos parecemos a mercenarios, o finalmente obedecemos por el bien mismo del amor del que manda...y entonces estamos en la disposición de hijos (S. Basilio, reg. fus. prol. 3).

- 1829 La caridad tiene por frutos el gozo, la paz y la misericordia. Exige la práctica del bien y la corrección fraterna; es benevolencia; suscita la reciprocidad; es siempre desinteresada y generosa; es amistad y comunión:

La culminación de todas nuestras obras es el amor. Ese es el fin; para conseguirlo, corremos; hacia él corremos; una vez llegados, en él reposamos (S. Agustín, ep. Jo. 10,4).

2067 Los diez mandamientos enuncian las exigencias del amor de Dios y del prójimo. Los tres primeros se refieren más al amor de Dios y los otros siete más al amor del prójimo.

Como la caridad comprende dos preceptos en los que el Señor condensa toda la ley y los profetas..., así los diez preceptos se dividen en dos tablas: tres están escritos en una tabla y siete en la otra (S. Agustín, serm. 33,2,2).

La unidad del Decálogo

2069 El Decálogo forma un todo indisociable. Cada una de las "diez palabras" remite a cada una de las demás y al conjunto; se condicionan recíprocamente. Las dos tablas se iluminan mutuamente; forman una unidad orgánica. Transgredir un mandamiento es quebrantar todos los otros (cf St 2,10-11). No se puede honrar a otro sin bendecir a Dios su Creador. No se podría adorar a Dios sin amar a todos los hombres, sus criaturas. El Decálogo unifica la vida teológica y la vida social del hombre.

2347 La virtud de la castidad se desarrolla en la amistad. Indica al discípulo cómo seguir e imitar al que nos eligió como sus amigos (cf Jn 15,15), se dio totalmente a nosotros y nos hace participar de su condición divina. La castidad es promesa de inmortalidad.

La castidad se expresa especialmente en la amistad con el prójimo. Desarrollada entre personas del mismo sexo o de sexos distintos, la amistad representa un gran bien para todos. Conduce a la comunión espiritual.

III LA ORACION DE CONTEMPLACION

2709 ¿Qué es esta oración? Santa Teresa responde: "no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama" (vida 8).

La contemplación busca al "amado de mi alma" (Ct 1, 7; cf Ct 3, 1-4). Esto es, a Jesús y en él, al Padre. Es buscado porque desearlo es siempre el comienzo del amor, y es buscado en la fe pura, esta fe que nos hace nacer de él y vivir en él. En la contemplación se puede también meditar, pero la mirada está centrada en el Señor.

2. EXÉGESIS

Manuel de Tuya

EL PRECEPTO DE LA CARIDAD

Esta sección aunque vinculada íntimamente a lo anterior, por referirse explícitamente a la caridad del prójimo y por ir encerrada entre dos sentencias, paralelas e explícitas de la caridad al prójimo, se puede considerar como una sección con individualidad peculiar y propia.

Jn 15,12. Este es mi precepto: que os améis unos a otros: como yo os he amado. 13. Nadie tiene

amor mayor que éste de dar la vida por sus amigos. 14. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando. 15. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os digo amigos, porque todo lo que oí de mi Padre os lo he dado a conocer. 16. No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca, para que cuando pidiereis al Padre en mi nombre os lo dé. 17. Esto os mando: que os améis unos a otros.

La situación histórica o literaria, de este pasaje aquí se puede explicar por una doble razón. Una por razón del "encadenamiento semita". En el v. 10 habló de la observancia de sus "preceptos" y ahora, evocado por la palabra, habla de un tema reiteradamente insistido por él: de su gran "precepto". Pero al "encadenamiento semita" se le une una evocación conceptual, de un tema tratado ya en el primer discurso de la Cena¹: así como todos deberán estar unidos, como sarmientos a la Vid, así deberán estos "sarmientos" amarse entre sí, ya que son todos miembros de un mismo cuerpo².

Su situación histórica en la última Cena queda bien sugerida por el lugar paralelo sobre el amor al prójimo, del capítulo 13 (v. 34.35), y éste a su vez por la escena del lavatorio de los pies³; y ésta, probablemente, por el motivo de rivalidades que surgieron allí entre los Apóstoles⁴.

Este precepto que Cristo les da es el amor mutuo. Pero no de cualquier modo, sino calcado en *el ejemplo* y en el *modo* sobrenatural como él los ha amado. Precisamente por este modo es por lo que él llamó a este precepto, "mandamiento nuevo"⁵.

Y como ejemplo clarificado de esto les pone lo que es prueba humana suprema: dar la vida por los *amigos*. Esta cita hecha en este lugar es una alusión subyacente a su muerte, que es la prueba máxima que él dio de su amor por ellos. También este detalle evocado aquí es una fuerte indicación de que su situación literaria corresponde a su situación histórica. El hecho de aludirse sólo a la muerte por los "amigos", no indica que Cristo reduzca el valor universal de su muerte. Ya dijo que da su vida por todos⁶. Es que es el término supremo en la comparación usual humana⁷.

La comparación del amor por los "amigos", hace que, por el "encadenamiento semita", desarrolle y llame "amigos" a los Apóstoles. En el fondo, el encadenamiento es también conceptual, ya que esta amistad sobrenatural, está basada en la caridad, lo mismo que ésta está basada en Cristo-Vid.

Se considera esta amistad por una doble razón: una por razón de la intimidad de Cristo con sus Apóstoles. Lo cual no quiere decir que comience ahora a llamarlos "amigos", pues ya antes aparecen con este título⁸. Los siervos no saben lo que hacen sus señores: Pero Cristo los hace amigos, porque les abrió su secreto: el mensaje del Padre. El mensaje del Padre se lo comunicó. Y lo resalta diciendo que "todas las cosas" que oyó del Padre las transmitió. Naturalmente no hay oposición con lo que dirá en el capítulo siguiente. En él les anuncia que "muchas cosas" tiene aún que decirles, pero que como ahora no pueden "llevarlas", será el Espíritu Santo el que se las hará comprender⁹. En el plan del Padre estaba el que les comunicase directamente una serie de enseñanzas, que eran "todas las cosas" que él tenía directamente que enseñarles; pero otras "muchas", estaban reservadas, en el mismo plan del Padre, a la acción del Espíritu, que sería el que los "llevaría a la verdad completa". Pero también les llama amigos "si hacéis lo que os mando". La amistad de Cristo es intimidad, pero no suprime su dignidad. Él siempre es el Maestro. Es siempre la verdadera Vid en la que han de fructificar sus enseñanzas y sus mandatos.

Si ellos son "amigos" de Cristo, son predilectos. Y el concepto evoca la *elección* que se hizo de ellos. No sólo para la amistad, sino para el apostolado. Filológicamente el término usado aquí es el que se usa para

¹ Jn 13, 34-35

² BRAUM, *Evang. s. St. Jean* (1946) p. 436.

³ Jn 13, 4s

⁴ Lc 22, 24-27

⁵ Jn 13, 34

⁶ Jn 10, 15.16; Mt 20, 28; Mc 10, 45

⁷ Rm 5, 7-8

⁸ Lc 12, 4

⁹ Jn 16, 12s

indicar su elección al apostolado¹⁰. Pero es esto mismo lo que exige el contexto. Fue una elección que él hizo de ellos, por una vocación que les hizo en su día¹¹, y no por eterna predestinación. Y así elegidos, los "constituyó", sea en una *dignidad*¹², o en una *misión*¹³. Esta elección y colación de dignidad y autoridad que les dio es para que "vayáis". El sentido es: ir a sus negocios, a sus asuntos, seguir su camino¹⁴. Estos, que son los Apóstoles, irán a "su misión, que es la de "dar mucho fruto". Esta alusión entronca, literariamente, y posiblemente históricamente, con la doctrina de la Vid. Ya que la frase de suyo es una frase hecha y usual¹⁵. Y además, que se logre en su misión que este fruto "permanezca". "Se comprende que los frutos son obras sólidas y duraderas; y puesto que ellos se producen durante las correrías de los discípulos, son más bien frutos de apostolado que obras personales. Tenemos, pues, en este pasaje, la clave de todo este discurso. En cualquier momento que haya sido pronunciado es un programa de apostolado: el principio es la unión con Jesús, pero los Apóstoles tendrán una obra que cumplir"¹⁶. Este sentido de *apostolado* es a lo que lleva la sección siguiente, en la que les anuncia la persecución por causa de su nombre. Y donde se remite explícitamente a un pasaje, en el que se habla de la "elección" de los *Apóstoles*¹⁷.

A propósito de la promesa que Cristo hace a los Apóstoles de que su fruto de apostolado permanezca, Hubi hace el siguiente comentario: "Bajo esta imagen del fruto que permanece, Jesús promete la perpetuidad de la Iglesia"¹⁸.

Pero todavía en esa elección para el apostolado, va incluido un medio y una garantía. "Que vuestro fruto permanezca, para que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dé".

¿Cuál es el sentido de esta proposición? ¿"Es una proposición final, o bien consecutiva, o simplemente declarativa?... La coherencia interna del pensamiento, mejor que con minucioso análisis gramatical, determinará las ambigüedades. Habla Jesús *de peticiones apostólicas*, esto es, referente al fruto del apostolado, al feliz logro de sus afanes apostólicos, que los apóstoles deberán encomendar a Dios con la oración. Este feliz logro es en realidad *el fruto permanente* mencionado en la frase anterior. Ambas frases por tanto, son coordinadas y dependen paralelamente de la frase principal *os destiné para que vayáis*: Dice, pues, el Maestro: "Os destiné para que vayáis y llevéis fruto permanente, que es decir, para que realicéis plenamente vuestros ideales y planes apostólicos con el favor de Dios, implorado con la oración". Es substancialmente el mismo pensamiento expresado anteriormente en 15, 7-8. En ambos casos la oración no es el tema principal que por sí mismo se recomienda, sino más bien una condición expresada incidentalmente. Pero esta mención incidental, lejos de restar importancia a la oración más bien la encarece, por cuanto la presenta como el medio providencial, normalmente necesario, para alcanzar los dones y el favor de Dios, sin el cual nada bueno puede hacer o tener el hombre"¹⁹.

"Instruidos para predicar la palabra de Cristo, los Apóstoles tienen como parte integrante de su misión el deber de atraer las gracias necesarias a su ministerio, pidiéndolas en nombre de Jesús (14, 13.14; 15, 7)... Así la finalidad de la elección de los apóstoles es la fecundidad apostólica de su vida. Esta última idea nos conduce a la alegoría de la vid. Si los apóstoles son llamados más que otros por vocación especial, a producir frutos, ellos también deben vigilar a permanecer unidos a la verdadera vid. Por el hecho mismo, se mostrarán particularmente atentos a observar bien el precepto de la caridad. Todas estas recomendaciones se unen. Practicando la caridad fraternal, probarán su amistad hacia Jesús, permanecerán en él, llevarán fruto, y cumplirán su vocación"²⁰.

La universalidad de conexión a esta oración se ve que está limitada por ser la oración para el fruto del apostolado, como se ha visto al exponer el pasaje de san Juan 15, 7.

¹⁰ Jn 6, 70; 13, 18; Lc 6, 13; Hch 1, 2

¹¹ Jn 6, 34

¹² Rm 4, 7

¹³ Jr 1, 10

¹⁴ Mt 9, 6; 19, 21

¹⁵ Rm 1, 13; Flp 1, 22

¹⁶ LAGRANGE, *Evang. s. St. Jean* (1927) p. 408

¹⁷ Jn 13, 16.18

¹⁸ HUBI, *Le discours de Jesus après la Cène* (1942) p. 83

¹⁹ BOVER, *Comentario al Sermón de la Cena* (1951), pp. 103-104

²⁰ BRAUM, *Evang. s. St. Jean* (1946) p. 437.

La sección se cierra con la misma frase del principio: que se amen los unos a los otros. En la perspectiva inmediata se tiene en cuenta a los Apóstoles, a quienes se dirige.

La formulación literaria es un poco chocante. Dice así: "Estas cosas os mando: que os améis mutuamente". Pero la forma plural -"estas cosas"- resulta chocante ya que el sólo precepto considerado y preceptuado es la caridad entre ellos. Puede ser esto debido o a que estas cosas fuesen la suma de los preceptos que han de tener ellos para ejercer esta caridad; o, acaso, a que toda su doctrina se incluye en este precepto de la caridad, ya que es amor al prójimo por amor a Dios Padre y a su Hijo, pues es a imitación del amor del Padre a Cristo y de Cristo a nosotros²¹.

MANUEL DE TUYA, *Del Cenáculo al Calvario*, San Esteban Salamanca 1962, p. 199-204

3. COMENTARIO TEOLÓGICO

San Juan Pablo II

El mandamiento fundamental

1. En el antiguo Israel el mandamiento fundamental del amor a Dios estaba incluido en la oración que se rezaba diariamente: «El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Queden en tu corazón estos mandamientos que te doy hoy. Se los repetirás a tus hijos y les hablarás siempre de ellos, cuando estés en tu casa, cuando viajes, cuando te acuestes y cuando te levantes» (Dt 6, 4-7)

En la base de esta exigencia de amar a Dios de modo total se encuentra el amor que Dios mismo tiene al hombre. Del pueblo al que ama con un amor de predilección espera una auténtica respuesta de amor. Es un Dios celoso (cf. Ex 20, 5), que no puede tolerar la idolatría, la cual constituye una continua tentación para su pueblo. De ahí el mandamiento: «No tendrás otros dioses delante mí» (Ex 20, 3).

Israel comprende progresivamente que, por encima de esta relación de profundo respeto y adoración exclusiva, debe tener con respecto al Señor una actitud de hijo e incluso de esposa. En ese sentido se ha de entender y leer el Cantar de los cantares, que transfigura la belleza del amor humano en el diálogo nupcial entre Dios y su pueblo.

El libro del Deuteronomio recuerda dos características esenciales de ese amor. La primera es que el hombre nunca sería capaz de tenerlo, si Dios no le diera la fuerza mediante la «circuncisión del corazón» (cf. Dt 30, 6), que elimina del corazón todo apego al pecado. La segunda es que ese amor, lejos de reducirse al sentimiento, se hace realidad «siguiendo los caminos» de Dios, cumpliendo «sus mandamientos, preceptos y normas» (Dt 30, 16). Ésta es la condición para tener «vida y felicidad», mientras que volver el corazón hacia otros dioses lleva a encontrar «muerte y desgracia» (Dt 30, 15).

2. El mandamiento del Deuteronomio no cambia en la enseñanza de Jesús, que lo define «el mayor y el primer mandamiento», uniéndole íntimamente el del amor al prójimo (cf. Mt 22, 4-40). Al volver a proponer ese mandamiento con las mismas palabras del Antiguo Testamento, Jesús muestra que en este punto la Revelación ya había alcanzado su cima.

Al mismo tiempo, precisamente en la persona de Jesús el sentido de este mandamiento asume su plenitud. En efecto, en él se realiza la máxima intensidad del amor del hombre a Dios. Desde entonces en adelante amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, significa amar al Dios que se reveló en

²¹ Jn 15, 9; Ga 5, 14; 1 Jn 3, 13s; 4, 7s

Cristo y amarlo participando del amor mismo de Cristo, derramado en nosotros «por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rm 5, 5).

3. La caridad constituye la esencia del «mandamiento» nuevo que enseñó Jesús. En efecto, la caridad es el alma de todos los mandamientos, cuya observancia es ulteriormente reafirmada, más aún, se convierte en la demostración evidente del amor a Dios: «En esto consiste el amor a Dios: en que guardemos sus mandamientos» (1 Jn 5, 3). Este amor, que es a la vez amor a Jesús, representa la condición para ser amados por el Padre: «El que recibe mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ame, será amado de mi Padre; y yo lo amaré y me manifestaré a él» (Jn 14, 21).

El amor a Dios, que resulta posible gracias al don del Espíritu, se funda, por tanto, en la mediación de Jesús, como él mismo afirma en la oración sacerdotal: «Yo les he dado a conocer tu nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos» (Jn 17, 26). Esta mediación se concreta sobre todo en el don que él ha hecho de su vida, don que por una parte testimonia el amor mayor y, por otra, exige la observancia de lo que Jesús manda: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando» (Jn 15, 13-14).

La caridad cristiana acude a esta fuente de amor, que es Jesús, el Hijo de Dios entregado por nosotros. La capacidad de amar como Dios ama se ofrece a todo cristiano como fruto del misterio pascual de muerte y resurrección.

4. La Iglesia ha expresado esta sublime realidad enseñando que la caridad es una virtud teologal, es decir, una virtud que se refiere directamente a Dios y hace que las criaturas humanas entren en el círculo del amor trinitario. En efecto, Dios Padre nos ama como ama Cristo, viendo en nosotros su imagen. Esta, por decirlo así, es dibujada en nosotros por el Espíritu Santo, que como un artista de iconos la realiza en el tiempo.

También es el Espíritu Santo quien traza en lo más íntimo de nuestra persona las líneas fundamentales de la respuesta cristiana. El dinamismo del amor a Dios brota de una especie de «connaturalidad» realizada por el Espíritu Santo, que nos «diviniza», según el lenguaje de la tradición oriental.

Con la fuerza del Espíritu Santo, la caridad anima la vida moral del cristiano, orienta y refuerza todas las demás virtudes, las cuales edifican en nosotros la estructura del hombre nuevo. Como dice el Catecismo de la Iglesia católica, «el ejercicio de todas las virtudes está animado e inspirado por la caridad. Esta es “el vínculo de la perfección” (Col 3, 14); es la forma de las virtudes; las articula y las ordena entre sí; es fuente y término de su práctica cristiana. La caridad asegura y purifica nuestra facultad humana de amar. La eleva a la perfección sobrenatural del amor divino» (n. 1827). Como cristianos, estamos siempre llamados al amor.

(SAN JUAN PABLO II, *El mandamiento fundamental*, Catequesis del Miércoles 13 de octubre de 1999, Roma)

4. SANTOS PADRES

San Gregorio Magno

La caridad, raíz de todas las virtudes

1. Estando llenas de preceptos todas las alocuciones del Señor, ¿cómo es que, refiriéndose al del amor, cual si se tratara de un mandato único, dice el Señor: El precepto mío es que os améis los unos a los otros, sino porque todo mandato se refiere a sólo el amor y todos los preceptos se reducen a uno solo? Porque a la manera que las ramas de un árbol, por muchas que sean, proceden todas de una sola raíz, así todas las virtudes, aunque

sean muchas, nacen de una sola, de la caridad, y no tiene verdor alguno el ramo de la buena obra si no está radicado en la caridad, puesto que cuanto se manda se funda en sólo la caridad.

Los preceptos del Señor, por consiguiente, son a la vez muchos y son uno solo: muchos, por la diversidad de las obras, y uno, por la raíz del amor.

Ahora bien, de qué modo ha de practicarse este amor, El mismo lo da entender, mandando en muchas sentencias de su Escritura amar a los amigos en Él y a los enemigos por El. Tiene, pues, verdadera caridad quien ama al amigo en Dios y al enemigo por Dios.

Hay, empero, algunos que aman a los prójimos, más por afecto de parentesco y de la carne; a los cuales, no obstante, no se oponen las Sagradas Letras; pero una cosa es lo que se hace espontáneamente por razón de la naturaleza y otra cosa es lo que se debe por obediencia a los preceptos del Señor referentes a la caridad. Estos no hay duda que también aman al prójimo; mas, con todo, no logran los grandes premios del amor, porque no explican su amor espiritualmente, sino carnalmente.

Por consiguiente, cuando el Señor dice: El, precepto mío es que os améis los unos a los otros, en seguida añadió: como yo os he amado. Como si claramente dijera: Amad para lo que yo os he amado.

2. En lo cual debemos observar atentamente, hermanos carísimos, que el antiguo enemigo, cuando impele nuestras almas al amor de las cosas temporales, excita contra nosotros a un prójimo más débil para que procure quitarnos esas mismas cosas que nosotros amamos, Y no le importa al enemigo, al hacer esto, el quitar lo terreno, sino el debilitar en nosotros la caridad; pues en seguida montamos en cólera y, por no querer ceder en lo exterior, interiormente nos causamos daño grave; pues por defender bienes pequeños de fuera perdemos bienes mayores del interior, porque, amando lo temporal, perdemos el verdadero amor. Todo el que nos quita lo nuestro es, en efecto, enemigo; pero, cuando comenzamos a odiar al enemigo, de dentro es lo que perdemos. Así que, cuando el enemigo nos haga sufrir algo exteriormente, estemos alerta en el interior contra el ladrón oculto, el cual nunca queda mejor vencido que cuando se ama al que nos daña exteriormente.

Una sola y decisiva es, en efecto, la prueba de la caridad: si se ama al mismo que nos es contrario. Por eso la misma Verdad soporta el patíbulo de la cruz y dispensa el amor a sus mismos perseguidores, cuando dice (Lc. 23): *Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen.* ¿Qué extraño es que los discípulos amen, mientras viven, a los enemigos, si el Maestro ama a los enemigos aun cuando le están dando muerte?

El sùmmum de este amor lo expresa cuando añade: Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos. El Señor había venido a morir también por sus enemigos, y, sin embargo, decía que Él había de dar su vida por sus amigos, sin duda para enseñarnos que como, amándolos, podemos ganar a los enemigos, también son amigos los mismos perseguidores.

3. Pero he aquí que nadie nos persigue de muerte; ¿cómo, pues, podemos probar si amamos a los enemigos? Algo hay, sí, que debe hacerse en la paz de la Iglesia, por donde aparezca claro si, al tiempo de la persecución, podremos morir amando. En efecto, el mismo San Juan dice (1 Jn 3,17): *Quien tiene bienes de este mundo y viendo a su hermano en necesidad, cierra las entrañas para no compadecerse de él, ¿cómo es posible que resida en él la caridad de Dios?* Por eso también San Juan Bautista dice (Lc. 3, 11): *El que tiene dos vestidos dé al que no tiene ninguno.* Luego quien en tiempo de paz no da por amor de Dios su vestido, ¿cómo dará su vida en tiempo de persecución? Por tanto, para que en tiempo de perturbación se mantenga invicta la virtud de la caridad, nútrase de misericordia en el tiempo tranquilo, de manera que aprenda a dar a Dios primeramente sus cosas y después a sí mismo.

4. Prosigue: Vosotros sois mis amigos. ¡Oh, cuánta es la misericordia de nuestro Creador! ¡No somos siervos dignos, y nos llama amigos! ¡Cuánta es la dignidad de los hombres! ¡Ser amigos de Dios!

Más, ya que habéis oído la gloria de la dignidad, oíd también a costa de qué se gana: Si hicierais lo que yo os mando. Sois amigos míos si hacéis lo que yo os mando; como si claramente dijera: Gozaos de la dignidad, pero pensad a costa de qué trabajos se llega a tal dignidad.

Efectivamente, cuando los hijos de Zebedeo, por mediación de su madre, pretendían los dos primeros puestos, el uno a la diestra de Dios y el otro a la siniestra, oyeron (Mt. 20,22): *¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?* Solicitaban ya un puesto eminente, y la Verdad los llama al camino por donde llegarían a tales preeminencias. Como si dijera: Ya veo que apetecéis un puesto elevado, pero recorred antes la vía del dolor,

pues por el cáliz se llega a la grandeza; si vuestra alma apetece lo que agrada, bebed antes lo que mortifica. Así, así es como, por el trago amargo de la confesión, se llega al goce de la salud.

Ya no os llamaré siervos, pues el siervo no es sabedor de lo que hace su amo. Más a vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho saber cuántas cosas oí de mi Padre. ¿Cuáles son todas estas cosas que ha oído de su Padre, y que ha querido hacer saber a sus discípulos para hacerlos amigos suyos, sino los gozos de la caridad interior, sino los regocijos de la patria celestial, lo cual fija en nuestras almas mediante las aspiraciones a su amor?; pues cuando amamos las cosas celestiales que hemos oído, ya conocemos lo que amamos, porque el mismo amor es noticia. Había, pues, hecho conocer todas estas cosas a aquellos que, habiendo trocado sus deseos terrenos, ardían en las llamas del amor divino.

Bien había contemplado a estos amigos de Dios el profeta cuando decía (Ps. 38,17): *Yo veo, Señor, que tú has honrado sobremanera a tus amigos*; y amigo (amicus) suena así coma custodio del alma. Por tanto, cuando el Salmista vio que los elegidos de Dios, apartados del amor del mundo, cumplían la voluntad divina, obedeciendo sus mandatos celestiales, admiró a los amigos de Dios, diciendo.: Yo veo, Señor, que tú has honrado sobremanera a tus amigos. Y como si en seguida pretendiéramos que nos diera a conocer la causa de tan grande honor, a continuación añadió: *Su imperio ha llegado a ser sumamente poderoso*.

Vedlos: los elegidos de Dios doman la carne, fortalecen el espíritu, vencen a los demonios, brillan en virtudes, menosprecian lo presente y predicán con obras y con palabras la patria eterna; además la aman más que a la vida, y a ella llegan por medio de los tormentos; pueden ser llevados a la muerte, pero no pueden ser doblegados; su imperio, pues, ha llegado a ser sumamente poderoso. En el mismo martirio en que su cuerpo sucumbió a la muerte, ved cuánta fue la grandeza de su espíritu; y ¿de dónde esto sino porque su imperio ha llegado a ser sumamente poderoso?

Y para que no pienses tal vez que son pocos los que son tan grandes, añadió (v. 18): *Póngome a contarlos y veo que son más que las arenas del mar*. Contemplad, hermanos, todo el mundo: lleno está de mártires; ya apenas si los que vivimos somos tantos cuantos son los testigos de la verdad. Luego sólo Dios puede contarlos; para nosotros son más que las arenas, porque nosotros no podemos saber cuántos son.

5. Ahora, quién sea el que ha llegado a esta dignidad de ser llamado amigo de Dios, véalo cada uno en sí mismo; mas no atribuya a sus méritos ninguno de los dones que halle tener, no sea que venga a caer en la enemistad.

Por eso añade también: *No me elegisteis vosotros, sino que yo soy el que os he elegido a vosotros y os he destinado para que vayáis y hagáis fruto*. Os he puesto a la corriente de la gracia, os planté para que vayáis voluntariamente y con las obras hagáis fruto. Y he dicho que vayáis voluntariamente, porque querer hacer algo ya es ir con la voluntad. Y cuál fruto sea el que deben hacer se añade: *Y vuestro fruto sea duradero*.

Todo lo que trabajamos por este siglo apenas si dura hasta la muerte, pues la muerte, en interponiéndose, corta el fruto de nuestro trabajo; pero lo que se hace por la vida eterna, aun después de la muerte perdura, y entonces empieza a aparecer cuando comienza a desaparecer el fruto de las obras de la carne. Principia, pues, aquella retribución donde ésta termina. Por tanto, quien ya tiene conocimiento de lo eterno tenga en su alma por viles las ganancias temporales. Así que hagamos frutos tales que perduren, hagamos frutos tales que, cuando la muerte acabe con todo, ellos principien con la muerte. Y que en la muerte principien los frutos de Dios lo atestigua el profeta, que dice (Ps. 126,2): *Mientras concede Dios el sueño a sus amados, he aquí que les viene del Señor la herencia*. Todo el que duerme en la muerte pierde la herencia; pero, cuando Dios diere a sus amados el sueño, he aquí que les viene del Señor la herencia, porque después que han llegado a la muerte es cuando los elegidos de Dios encuentran la herencia.

6. Prosigue: *A fin de que cualquiera cosa que pidieréis al Padre en mi nombre os la conceda*. Ved que aquí dice: Cualquiera cosa que pidieréis a mi Padre en mi nombre os la conceda; y en otra parte dice el mismo evangelista (Jn 16,23): *Cuanto pidieréis al Padre en mi nombre os lo concederá*. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre. Si todo lo que pedimos en nombre del Hijo nos lo concede el Padre, ¿cómo es entonces que Pablo rogó por tres veces al Señor y no mereció ser oído, sino que se le dijo (2 Co 12,9): *Te basta mi gracia, porque la virtud se perfecciona en la debilidad*? ¿Acaso tan egregio predicador no pidió en nombre del Hijo? ¿Por qué, pues, no consiguió lo que pedía? ¿Cómo es entonces verdad que el Padre nos da todo lo que

pidiéremos en nombre del Hijo, si el Apóstol pidió en nombre del Hijo que se le quitara el espíritu de Satanás, y, con todo, no consiguió lo que pedía?

Pero, como el nombre del Hijo es Jesús, y Jesús significa Salvador o saludable, según esto, pide en nombre del Salvador quien pide lo pertinente a la verdadera salud; más, si se pide lo que no conviene, no se pide al Padre en nombre de Jesús. Por eso, también a los apóstoles, flacos aún, dice el Señor: Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre. Como si claramente les dijera: No habéis pedido en nombre del Salvador los que no sabéis buscar la salud eterna. Por eso no es escuchado Pablo, porque, si se viera libre de la tentación, no le aprovecharía para la salud.

7. He aquí estamos viendo, hermanos carísimos, cuántos sois los que os habéis congregado para la solemnidad del Mártir, los que os arrodilláis, golpeáis vuestros pechos, oráis, confesáis y regáis con lágrimas vuestras mejillas; pero examinad, os ruego, vuestras peticiones: ved si pedís en nombre de Jesús, esto es, si pedís los gozos de la salud eterna. ¡Ay!, que en la casa de Jesús no buscáis a Jesús si en el templo de la eternidad importunáis pidiendo cosas temporales. Vedlo: el uno en su oración pide que se le dé esposa; el otro, una finca; aquél pide vestido, éste alimento... Y cierto es que deben pedirse estas cosas cuando son necesarias, más debemos recordar continuamente la enseñanza que hemos aprendido del mandato de nuestro mismo Redentor (Mt. 6,33): *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura.*

Tampoco es cosa mala pedir estas cosas por Jesús, con tal que no se pidan en exceso. Pero, lo que es más grave aún, hay quien pide la muerte del enemigo, y a quien no puede perseguir con la espada, le persigue con la oración; y el que es maldecido vive todavía, y, sin embargo, el maldiciente ya se ha hecho reo de la muerte de aquél. ¡Dios manda amar al enemigo, y se pide a Dios que mate al enemigo! Luego quien así ora, en sus mismas oraciones pugna contra el Creador.

8. De ahí que, bajo la figura de la Judea, se dice (Ps. 108,7) *Su oración sea delito.* La oración es delito cuando quien ora pide lo que prohíbe Aquel a quien pide. Por eso, la Verdad dice (Mc. 125): *Al ponerlos a orar, si tenéis algo en contra de alguno, perdonadle, el agravio.* Virtud de perdonar que manifestaremos más claramente aduciendo un ejemplo del Antiguo Testamento. En efecto, habiendo incurrido la Judea en culpas que reclaman la justicia de su Creador, el Señor prohíbe a su profeta que ruegue por ella, diciendo (Jr 7,16): *No tienes tú que interceder por este pueblo, ni te empeñes en cantar mis alabanzas y rogarme* y en Jr 15,1: *Aun cuando Moisés y Samuel se me pusieran delante, no se doblaría mi alma a favor de este pueblo.* ¿Cómo es que, dejando a un lado sin mencionar a tantos, Padres, sólo trae a cuento a Moisés y a Samuel; cuyo admirable poder de intercesión se pone de manifiesto al decir que ni éstos pueden interceder, que es como si claramente dijera él: Ni siquiera escucho a los que, por el mérito grande de su oración, de ningún modo desprecio ¿Cómo es, repito, que Moisés y Samuel son preferidos a los otros sus iguales, sino porque solamente de estos dos, en toda la serie del Antiguo Testamento; se lee que oraron también por sus enemigos? El uno es apedreado por el pueblo, y, sin embargo; ruega al Señor por los que le apedrean; el otro es despojado de su mando, y, no obstante, al pedirle que rogara, se declara, diciendo (Reg. 12,23): *Lejos de mí cometer tal pecado contra el Señor, que yo cese de rogar por vosotros.* Aun cuando Moisés y Samuel se me pusieran delante, no se doblegaría mi alma a favor de este pueblo. Como si claramente dijera: Ni siquiera escucho ahora en favor de los amigos a los que sé que, por su gran virtud, ruegan también por sus enemigos. El poder, pues, de la oración está en la grandeza de la caridad, y todos consiguen lo que rectamente piden cuando, al orar, no se halla su alma ofuscada con el odio del enemigo. Además, vencemos al espíritu recalcitrante si oramos también por los enemigos. Los labios, sí, ruegan por nuestros enemigos, pero ojalá que el corazón tenga amor: pues con frecuencia oramos, sí, por nuestros, enemigos, pero esto, más bien que por caridad, lo hacemos, porque está mandado, ya que pedimos que vivan nuestros enemigos, y, no obstante, tememos ser oídos. Mas, como el juez interior atiende a la intención más que a las palabras resulta que nada pide en favor del enemigo quien ruega por él sin caridad.

9. Pero he aquí que el enemigo nos ha ofendido gravemente, nos ha causado daños, ha perjudicado a los que le ayudábamos, ha perseguido a los que le amábamos. Sería cosa de no perdonar eso si no fuera porque nosotros necesitamos que se perdonen, nuestros delitos; pero es el caso que nuestro Abogado ha compuesto la oración a favor nuestro, y el mismo que es abogado es también juez de nuestra causa; y a la petición que

compuso agregó una condición, que dice (Mt. 6): *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*. Por lo tanto, como viene por juez el mismo abogado, el mismo que hizo la oración la oye; luego, o sin hacerlo, decimos: Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y al decir esto nosotros mismos nos condenamos más, o tal vez suprimimos en la oración esa condición, y entonces nuestro, abogado no reconoce la oración que El compuso y al punto dice para sí: Yo bien sé lo que mandé; ésa no es la misma oración que yo hice. ¿Qué debemos hacer en consecuencia, hermanos, para amar a nuestros hermanos con afecto de caridad, si no es no mantener maldad alguna en el corazón, para que así Dios omnipotente tenga en cuenta nuestra caridad para con el prójimo y dispense su piedad a nuestras iniquidades? Acordaos de lo que se nos manda: Perdonad y se os perdonará. Ved, pues, qué se nos debe y, qué debemos: así que, perdonemos lo que se nos debe. Pero a esto se resiste el ánimo: quiere cumplir lo que oye, y, sin embargo, se rebela. Estamos ante la tumba de un mártir, de quien sabemos por qué muerte llegó al reino de los cielos. Nosotros, ya que no demos la vida del cuerpo por Cristo, domemos tan siquiera el corazón: Dios se aplaca con este sacrificio, y en el juicio de su piedad aprueba la victoria de nuestra paz. El contempla la lucha de nuestro corazón, y a los que después remunera, por vencedores, ahora, mientras luchan, los ayuda Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina, en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos, de los siglos. Amén.

(SAN GREGORIO MAGNO, *Homilías sobre el Evangelio, Homilía VII [27], 1-9*, BAC Madrid 1958, p. 668-74)

5. APLICACIÓN

P. José A. Marcone, IVE

‘Permaneced en mi amor’

(Jn 15,9-17)

Introducción

La razón por la cual la Iglesia quiere que leamos hoy, sexto domingo de Pascua, este evangelio tomado del discurso de Jesús en la Última Cena, es que, en dicho discurso, Jesús presenta a sus discípulos lo que será la vida de ellos después de su resurrección y su ascensión a los cielos. El discurso de la Última Cena coloca a los discípulos en el ambiente en el cual ya nos encontramos nosotros: la alegría post-pascual. Esas palabras de Jesús, dichas históricamente en el momento mismo de su Pasión, leídas ahora por nosotros tienen un eco nuevo. No las escuchamos como una meta que miramos con esperanza y ansiedad, como los hicieron los Apóstoles en el Cenáculo, sino como algo que se acomoda perfectamente a nuestro estado actual y que son, ya ahora, una realidad para el creyente bautizado. En pocas palabras: Jesús las dijo pensando en nosotros que vivimos hoy, mayo de 2018, para que llevemos a cumplimiento en nosotros todos el Misterio Pascual, que para nosotros ya ha sido consumado.

1. El amor, raíz y fin de todas las virtudes

Los versículos del evangelio de San Juan que hemos leído hoy sólo pueden ser entendidos si respetamos la perfecta continuidad que tienen con los ocho versículos anteriores, y que leímos el domingo pasado. En efecto, la parábola de la vid y los sarmientos (Jn 15,1-8), nos revelaba la gran verdad de la gracia santificante, que nos hace hijos de Dios e, incluso, nos hace Dios por participación²².

Los versículos leídos hoy (Jn 15,9-17) nos hablan de la primera y fundamental consecuencia de poseer la gracia santificante: esa consecuencia es que ella nos infunde también la caridad. La gracia santificante es un hábito entitativo que inhiere en la esencia del alma. Pero ese hábito, al ser entitativo, requiere hábitos operativos que le permitan actuar. Esos hábitos operativos que permiten que la gracia santificante actúe son las virtudes

²² Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n° 460.

infusas y los dones del Espíritu Santo. Entre las virtudes, la principal es la caridad. Y, dado que son operativos, estos hábitos no residen en la esencia del alma sino en las potencias del alma, a través de las cuales actúa el alma.

En los versículos anteriores (Jn 15,1-8) ‘permanecer en la vid’ significaba alimentarse de la savia, que es la gracia santificante. En otras palabras: ‘permanecer en la vid’ significaba ‘vivir en gracia’. Jesús es la vid; por eso dice: ‘permaneced en mí’. Permanecer en Él significa alimentarse de la gracia santificante, vivir en gracia. Los versículos 4-7 insisten una y mil veces sobre esta realidad. Pero ahora Jesús reemplaza la palabra ‘mí’ por la palabra ‘caridad’ o ‘amor’. Ya no dice ‘permaneced en mí’ (cinco veces en Jn 15,4-7) sino ‘permaneced en mi amor’ (Jn 15,9). Por eso dice Santo Tomás que, aquí, la palabra ‘amor’ suple por ‘gracia santificante’. Dice el santo: “Jesús dice: ‘Permaneced en mi amor’ (...), es decir, en mi gracia, para que no os separéis de los bienes que preparé para vosotros. Esta explicación de la frase ‘permaneced en mi amor’ es la más adecuada. Es como si dijera: ‘Perseverad en este estado de gracia, para que seáis amados por mí por efecto de la gracia. (...). Como dice San Juan: ‘El que permanece en el amor, permanece en Dios, y Dios en él’ (1Jn 4,16)”²³.

La caridad que Dios infunde en el alma junto con la gracia santificante está tan relacionada y tan íntimamente unida a esa gracia que, muchas veces, se dice ‘tener la caridad’ como sinónimo de ‘vivir en gracia’. La gracia santificante, es decir, la participación de la naturaleza divina en el alma, es la raíz de la caridad. Sin gracia santificante no puede haber caridad en sentido propio. Sin la gracia santificante nuestros actos de amor son actos de amor natural y no alcanzan el nivel de caridad sobrenatural. Por lo tanto, no alcanzan méritos para la vida eterna.

Aún más: no somos capaces de amar si no tenemos en nosotros la caridad de Cristo o gracia santificante. Por eso dice Santo Tomás: “Dice Cristo que el ‘permanecer en Él’ es posible sólo a partir de su gracia, la cual gracia es efecto de su amor (...). De lo cual se sigue con evidencia que todas nuestras obras buenas son hechas por nosotros a causa de ese beneficio que es el amor divino hacia nosotros. (...) En efecto, no amaríamos si primero no hubiéramos sido amados”²⁴.

Incluso más: el cumplimiento de los mandamientos, que es otra de las condiciones que pone Cristo para permanecer en Él y en su amor (Jn 15,10), no puede hacerse sin la gracia santificante. Dice Santo Tomás: “La observancia de los mandamientos es efecto del amor divino, no sólo de aquel amor por el cual nosotros amamos a Dios, sino aquel amor por el cual Él nos ama a nosotros. El hecho que Él nos ame a nosotros, nos mueve y ayuda a cumplir sus mandamientos, los cuales no se pueden cumplir sino por la gracia”²⁵.

El mandamiento de Jesús es el amor. Jesús lo dice dos veces en el evangelio de hoy (Jn 15,12.17). Y Santo Tomás se pregunta: “Teniendo en cuenta que en el discurso sagrado de la Última Cena hay muchos otros preceptos y mandamientos, ¿por qué dice que sólo la observancia de la caridad es su mandamiento?”²⁶. Y él mismo responde: “Como dice San Gregorio, la caridad es la raíz y el fin de todas las virtudes. Es raíz, ciertamente, porque a partir de la caridad confirmada y radicada en el corazón del hombre, el hombre se mueve a cumplir todos los otros mandamientos, como dice San Pablo: ‘El que ama al prójimo, ha cumplido la ley’ (Rm 13,8). En efecto, todos los mandamientos se ordenan a que el hombre haga el bien al próximo, y no lo moleste, lo cual se hace de una manera inmejorable por la caridad. Es también el fin de todas las virtudes, porque todos los mandamientos se ordenan a ella, y solamente en la caridad se consolidan. Por eso dice San Pablo: ‘El fin del

²³ “*Manete in dilectione mea, quia ego diligo vos, scilicet in gratia mea, ut non excidatis a bonis quae praeparavi vobis. Et haec expositio magis congruit, ut sit sensus: perseveretis in hoc statu, ut scilicet diligamini a me per effectum gratiae; (...)* I lo. IV, v. 16: *qui manet in caritate, in Deo manet, et Deus in eo*” (SANCTI TOMAE DE AQUINO, *Super Evangelium S. Iohannis lectura*, Lectio 2; traducción nuestra).

²⁴ “*Dicit ergo primo, quod hoc quod in Christo manemus, est ex eius gratia; quae quidem gratia est effectus dilectionis ipsius (...)* Ex quo patet quod omnia opera nostra bona sunt nobis ex beneficio divinae dilectionis. (...). *Nec diligeremus, nisi prius diligeremur*” (SANCTI TOMAE DE AQUINO, *Ibidem*; traducción nuestra).

²⁵ SANCTI TOMAE DE AQUINO, *Ibidem*; traducción nuestra.

²⁶ SANCTI TOMAE DE AQUINO, *Ibidem*; traducción nuestra.

mandamiento es la caridad' (1Tim 1,5). Por lo tanto, cuando Cristo dice 'Éste es mi mandamiento, que os améis unos a otros' (Jn 15,12), es como si dijera que todas las virtudes proceden de la caridad como de su principio, y que todas ellas se ordenan a la caridad como a su fin. Por eso dice San Gregorio: 'Así como muchas ramas de un árbol brotan de una única raíz, del mismo modo muchas virtudes son generadas de una única raíz, y ninguna rama tiene el verdor de las buenas obras si no permanece en la raíz de la caridad'²⁷.

2. El amor al prójimo

Hay algo curioso en este texto del evangelio. Nuestro Señor dice que el primer efecto de su gracia es el amor. Pero el amor del que habla es el amor al prójimo. Dos veces dice: "Lo que os mando es que os améis los unos a los otros" (Jn 15,12.17). Y luego precisa el modo de ese amor al prójimo: "Como yo os he amado" (Jn 15,12), y "Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15,13). Pero no menciona en ningún momento el amor a Dios. Santo Tomás se pregunta el porqué de este modo de hablar de Nuestro Señor Jesucristo: "En Mt 22,40 se dice que la Ley y los Profetas penden del amor al prójimo y del amor a Dios. Ahora bien, ¿por qué aquí se hace mención sólo del amor al prójimo? Porque uno está incluido en el otro. En efecto, el que ama a Dios, ama necesariamente al prójimo y a todas aquellas cosas que son de Dios; y el que ama al prójimo por Dios, necesariamente ama a Dios. Aunque los objetos de los actos de amor sean diversos, sin embargo, los dos actos de amor, según su consecuencia, son uno"²⁸.

De esto se sigue una verdad importantísima. El amor al prójimo, para que sea un acto de caridad sobrenatural, debe proceder de la gracia santificante y debe ser hecho por Dios. Si no amamos al prójimo por Dios estamos cayendo en un amor natural. El amor al prójimo tal como lo enseñó Cristo tiene a Dios como objeto final, como término del amor. Si el amor al prójimo no termina en Dios se trata, entonces, de filantropía, es decir, de amor al hombre por el hombre. Eso no es cristianismo. Podrá ser un acto laudable, pero no es cristianismo.

La pérdida del Norte en el amor al prójimo es una gran desgracia para la Iglesia de todos los tiempos, especialmente para aquellas iglesias particulares que han sido o están siendo influenciadas por la nefasta 'Teología de la Liberación'. El proyecto provenía del mismo marxismo, de quien la Teología de la Liberación tomaba su inspiración. Consistía en poner al hombre al centro de todo y quitar del medio a Dios. De esta manera el amor al prójimo se convierte en 'asistencia social'.

Y hay otra verdad importantísima. El amor al prójimo no sólo debe proceder de la gracia santificante y terminar en Dios, sino que además debe estar ordenado a Dios. Esto quiere decir que el acto de amor que un cristiano hace a su prójimo debe tener el mismo valor que un testimonio dado a favor de Dios. La caridad al prójimo debe buscar siempre que el que recibe el acto de caridad crea en Cristo.

Esto de ninguna manera significa manipular el amor o forzar las conciencias. La caridad cristiana, por su misma definición, incluye la fe en Dios y en Cristo. Si la caridad cristiana esconde la profesión de fe que está implícita en ella, deja de ser cristiana. Precisamente esto es lo que quería decir San Luis Orione cuando decía: "Sólo la caridad salvará al mundo"²⁹. No son las palabras las que salvarán al mundo, sino el testimonio de Cristo ofrecido a los hombres a través de la caridad heroica. Pero no una caridad que escamotea la verdad de Cristo-Dios, sino una caridad que abierta y gozosamente expresa su fe en Cristo.

Jesucristo nos dio ejemplo de cómo el amor al prójimo debe estar ordenado a Dios. Dice Santo Tomás: "Cristo nos enseña (...) cómo debemos amar al prójimo, a saber: como Él nos amó. Y Cristo nos amó

²⁷ SANCTI TOMAE DE AQUINO, *Ibidem*; traducción nuestra.

²⁸ SANCTI TOMAE DE AQUINO, *Ibidem*; traducción nuestra.

²⁹ SAN LUIS ORIONE, *Escritos*, 62, 13, citado en SAN JUAN PABLO II, *Homilía en Misa de canonización*, 16 de mayo de 2004, n° 2.

ordenadamente (...). Ordenadamente, ciertamente, porque no amó nada en nosotros sino por Dios y ordenado a Dios”³⁰.

Por haber dado este testimonio de Cristo a través de las obras de caridad, San Luis Orione mereció, por parte de otro santo, el título de ‘estratega de la caridad’³¹. ‘Estratega de la caridad’ es aquel que hace confluir las obras de caridad hacia el reconocimiento de Cristo como Dios y como salvador del mundo. ‘Estratega de la caridad’ es aquel que ordena los actos de amor para que logren el fin, es decir, para que los hombres crean en Cristo. ‘Estratega de la caridad’ es aquel que, como el general visionario de un ejército³², organiza con sagacidad los actos de caridad para que, efectivamente, salven al mundo.

Jesús no sólo nos da el mandamiento del amor al prójimo, sino que también nos indica el *modo* en que ese mandamiento debe ser observado. Ese modo se expresa en la frase: “Como yo os he amado” (Jn 15,12), es decir, de una manera eficaz. Por lo tanto, también nosotros debemos amar al prójimo eficazmente, como dice San Pablo: “Vivid en el amor, como Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma” (Ef 5,2). Y San Juan dice: “Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad” (1Jn 3,18).

Ahora bien, el signo del *máximo* amor, es dar la vida por los amigos. Cristo también nos impulsa a desear dar signos del *máximo* amor, porque allí se muestra *máximamente* la eficacia del amor. Dice Santo Tomás: “Al decir: ‘Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos’, muestra la eficacia del amor, la cual consiste en que alguien soporte la muerte corporal por los amigos, lo cual es signo de máximo amor. (...) Y esto es así porque el orden de las cosas que deben ser amadas es el siguiente: primero, Dios; después, nuestra alma; después, el alma del prójimo; y recién después viene nuestro cuerpo. (...) Por lo tanto, por la salvación espiritual del prójimo debemos exponer nuestra vida corporal y el mismo cuerpo. Ahora bien, dado que, después del alma, la vida corporal sea lo mejor que tenemos, por eso exponerla por el prójimo es lo más virtuoso, y el signo del mayor amor”³³.

3. La alegría del amor

“Os he anunciado esto para que mi alegría permanezca en vosotros, y vuestra alegría sea plena” (Jn 15,11). Santo Tomás interpreta con exactitud por qué Jesucristo dice esta frase: “Cristo dice esto para que no crean que Él amonesta a sus discípulos a que observen sus mandamientos por utilidad propia, sino por la utilidad de los discípulos. ‘Observad mis mandamientos’... por vuestro bien. ¿Y cuál es ese bien? ‘Para que mi alegría permanezca en vosotros’. En efecto, el amor es la causa de la alegría y del gozo, pues todo hombre se alegra en la cosa amada”³⁴. La única verdadera alegría que el hombre puede recibir es la que proviene del hecho de amar, y amar ‘como Cristo nos amó’, es decir, hasta la entrega de nuestra vida corporal y nuestro mismo cuerpo por el prójimo.

En el NT hay otro lugar donde también se revela con claridad que la alegría sólo brota del hecho de amar. En efecto, San Pablo, hablando de los frutos del Espíritu Santo, dice: “El fruto del Espíritu es *amor, alegría...*” (Gál 5,22). San Pablo, al expresarse de este modo, está poniendo una correlación causal entre el amor y la alegría: el amor es causa de la alegría; la alegría es causada por el amor.

Por eso dice Santo Tomás respecto a Gál 5,22: “La primera disposición de la mente humana respecto del bien es el amor, que es la afección primera y raíz de todas las afecciones. De ahí que entre los frutos del Espíritu Santo se ponga en primer lugar la *caridad*, en la que se da especialmente el Espíritu Santo, como en propia

³⁰ SANCTI TOMAE DE AQUINO, *Ibidem*; traducción nuestra.

³¹ SAN JUAN PABLO II, *Ibidem*.

³² Usamos el término ‘visionario’ en su segunda acepción según el DRAE: “Que se adelanta a su tiempo o tiene visión de futuro”.

³³ SANCTI TOMAE DE AQUINO, *Ibidem*; traducción nuestra.

³⁴ SANCTI TOMAE DE AQUINO, *Ibidem*; traducción nuestra.

semejanza, por ser El Amor. Por eso se dice en Rom 5,5: *La caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado*. Al amor de caridad le sigue necesariamente el gozo, porque todo amante se goza en la unión del amado, y la caridad tiene siempre presente a Dios, a quien ama, según aquello de 1Jn 4,16: *El que vive en caridad permanece en Dios y Dios en él*. De ahí que la consecuencia de la caridad sea el gozo. Mas la perfección del gozo es la paz³⁵.

Esta verdad es importantísima porque es la única que puede dar sentido a la vida del hombre. El hombre fue hecho para la felicidad. Y ‘alegría’ es, en definitiva, sinónimo de ‘felicidad’. Mientras el hombre no descubra que la alegría y la felicidad sólo brotan del hecho de amar y no se decida a soportar todo con tal de no renunciar al amor, no encontrará el sentido de su vida y no podrá ser feliz, ni en esta vida (en medio de muchas preocupaciones) ni en la otra.

Ahora en Argentina se está debatiendo en la Cámara de Diputados un proyecto de ley para despenalizar el aborto. ¿Por qué hay personas, madres y padres, que quieren deshacerse del niño concebido? Porque es un niño ‘no-deseado’, dicen. ‘No-deseado’ es exactamente lo mismo que ‘no-amado’. Son madres y padres que no han descubierto todavía que la felicidad solamente está en el hecho de amar. Ciertamente que el amar a un niño concebido implica muchísimos sacrificios y muchísimas renunciaciones, los cuales duran casi toda la vida del padre y la madre, por un largo período de tiempo. Amar a un niño ya concebido es una cruz, y una cruz bastante pesada. Pero allí está la felicidad. Ese es el mensaje que Jesucristo vino a traer al mundo y que hoy nos lo dice explícitamente en el evangelio. ‘Os he anunciado esto’, es decir, que cumpláis mis mandamientos, el primero de entre ellos el de amar al prójimo, ‘para que vuestra felicidad sea plena’.

El egoísmo o la comodidad o el placer nos presentan una felicidad aparente, momentánea, la felicidad del instante que huye. Pero no la felicidad verdadera, profunda, duradera, eterna. En definitiva, el amar hasta el desprecio de uno mismo trae la felicidad y la vida, aun cuando eso deba hacerse con sufrimiento. El egoísmo o la comodidad o el placer hasta el desprecio del prójimo traen la depresión y la muerte. El mejor ejemplo (ejemplo perturbador) es el aborto. Los promotores del aborto son promotores del egoísmo y, por lo tanto, de la desesperación y la muerte. El amor verdadero es símbolo de la alegría, del gozo, de la felicidad y de la vida (con cruces). El egoísmo es símbolo de la tristeza, de la depresión, de la desesperación y de la muerte.

Ahora bien, hay que notar dos características de esta alegría o este gozo. En primer lugar, Jesucristo dice ‘mi’ gozo, ‘mi’ alegría. Se trata de la misma alegría de Cristo. ¿Cuál es la alegría de Cristo? La principal alegría de Cristo es la que Él vive en el seno de la Trinidad como segunda persona de la Santísima Trinidad. Y la otra alegría de Cristo es la alegría que su alma humana tiene por gozar de la visión beatífica, es decir, de la visión cara a cara con Dios. Por eso dice Santo Tomás: “‘Para que mi alegría esté en vosotros’, es decir, la alegría por la cual yo me alegro en mi divinidad y en la divinidad de mi Padre”³⁶. La alegría del amor trae al alma del cristiano que ama una participación en la misma alegría que Cristo siente en su relación con el Padre. Por lo tanto, es una alegría muy interior y muy profunda.

La segunda característica de esta alegría es que Jesús quiere que sea ‘plena’. La alegría plena solamente puede darse en la vida eterna. Como dice Santo Tomás: “Mientras todavía somos viadores, nosotros nos alegramos de bienes que o son imperfectos o los poseemos imperfectamente. Por esta razón, la alegría en esta vida no puede ser plena. Solamente será plena cuando consigamos los bienes perfectos de una manera perfecta, como se dice en el evangelio de San Mateo: ‘Entra en la alegría o el gozo de tu Señor’ (Mt 25,21)”³⁷.

Conclusión

³⁵ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I-II, q. 70, a. 3 c.

³⁶ SANCTI TOMAE DE AQUINO, *Ibidem*; traducción nuestra.

³⁷ SANCTI TOMAE DE AQUINO, *Ibidem*; traducción nuestra.

Dice el Directorio Homilético: “El hecho de que los pasajes evangélicos de estos últimos domingos de Pascua estén todos extraídos de los discursos de Cristo al final de la Última Cena, manifiesta su profundo significado eucarístico”³⁸. Todo este anuncio y toda esta revelación de Cristo acerca del valor del amor al prójimo están hechos en el contexto de la celebración de la Eucaristía, como lo estamos haciendo nosotros en este momento.

Y la Eucaristía o Santa Misa no es solamente el ambiente en el que Jesús hace el anuncio del mandamiento del amor; no es solamente un accidente externo a una revelación tan alta y que tantas consecuencias tiene para nuestra vida concreta. La Santa Misa es el ejemplo y, aún más, la concreción misma o encarnación mejor del mandamiento del amor.

Porque, en realidad, el nombre propio de la Eucaristía es ‘el Santo *Sacrificio* de la Misa’. En la Misa se realiza de una manera perfectísima el acto más grande de amor al prójimo que pueda darse. Jesús entrega su vida corporal y su mismo Cuerpo por la salvación del alma de todos los hombres. Y cada uno de nosotros, hoy, aquí, en esta Santa Misa, puede hacer un acto perfecto de amor al prójimo si ofrece su vida en unión con el Sacrificio de Cristo que se consume en la consagración. Y de este acto provendrá una alegría profunda y duradera, que será un preludio de la alegría del cielo. Pidámosle esta gracia a la Santísima Virgen.

Papa Francisco

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de hoy —san Juan, capítulo 15— nos vuelve a llevar al Cenáculo, donde escuchamos el mandamiento nuevo de Jesús. Dice así: «Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros, como yo os he amado» (v. 12). Y, pensando en el sacrificio de la cruz ya inminente, añade: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando» (vv. 13-14). Estas palabras, pronunciadas durante la última Cena, resumen todo el mensaje de Jesús; es más, resumen todo lo que Él hizo: Jesús dio la vida por sus amigos. Amigos que no lo habían comprendido, que en el momento crucial lo abandonaron, traicionaron y renegaron. Esto nos dice que Él nos ama aun sin ser merecedores de su amor: ¡así nos ama Jesús!

De este modo, Jesús nos muestra el camino para seguirlo, el camino del amor. Su mandamiento no es un simple precepto, que permanece siempre como algo abstracto o exterior a la vida. El mandamiento de Cristo es nuevo, porque Él, en primer lugar, lo realizó, le dio carne, y así la ley del amor se escribe una vez para siempre en el corazón del hombre (cf. Jer 31, 33). Y ¿cómo está escrita? Está escrita con el fuego del Espíritu Santo. Y con este mismo Espíritu, que Jesús nos da, podemos caminar también nosotros por este camino.

Es un camino concreto, un camino que nos conduce a salir de nosotros mismos para ir hacia los demás. Jesús nos mostró que el amor de Dios se realiza en el amor al prójimo. Ambos van juntos. Las páginas del Evangelio están llenas de este amor: adultos y niños, cultos e ignorantes, ricos y pobres, justos y pecadores han tenido acogida en el corazón de Cristo.

Por lo tanto, esta Palabra del Señor nos llama a amarnos unos a otros, incluso si no siempre nos entendemos y no siempre estamos de acuerdo... pero es precisamente allí donde se ve el amor cristiano. Un amor que también se manifiesta si existen diferencias de opinión o de carácter, ¡pero el amor es más grande que estas diferencias! Este es el amor que nos ha enseñado Jesús. Es un amor nuevo porque lo renueva Jesús y su Espíritu. Es un amor redimido, liberado del egoísmo. Un amor que da alegría a nuestro corazón, como dice Jesús mismo: «Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud» (v. 11).

³⁸ CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio Homilético*, año 2014, nº 55.

Es precisamente el amor de Cristo, que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones, el que realiza cada día prodigios en la Iglesia y en el mundo. Son muchos los pequeños y grandes gestos que obedecen al mandamiento del Señor: «Que os améis unos a otros, como yo os he amado» (cf. Jn15, 12). Gestos pequeños, de todos los días, gestos de cercanía a un anciano, a un niño, a un enfermo, a una persona sola y con dificultades, sin casa, sin trabajo, inmigrante, refugiada... Gracias a la fuerza de esta Palabra de Cristo, cada uno de nosotros puede hacerse prójimo del hermano y la hermana que encuentra. Gestos de cercanía, de proximidad. En estos gestos se manifiesta el amor que Cristo nos enseñó.

Que en esto nos ayude nuestra Madre Santísima, para que en la vida cotidiana de cada uno de nosotros el amor de Dios y el amor del prójimo estén siempre unidos.

(PAPA FRANCISCO, *Regina Coeli*, Plaza de San Pedro, Domingo 10 de mayo de 2015)

P. Gustavo Pascual, IVE

El mandamiento de Cristo

Jn 15, 12-17

+ El mandamiento de Cristo

Comienza y termina el evangelio hablando del mandamiento de Cristo. Mandamiento que lo llama mío, es decir, es un mandamiento propio de Jesús y que resume toda la ley y los profetas. Es un mandamiento que Cristo manda.

¿Y cuál es el mandamiento? Amaos los unos a los otros.

+ La medida del amor

¿Y cuál es la medida de ese amor? Cómo Yo os he amado. Y a continuación dice la mayor medida del amor al prójimo: “nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos”.

Jesús fue el primero en cumplir este mandamiento tal como Él lo manda y dio la mayor prueba de amor, tuvo el mayor amor porque dio la vida por nosotros.

El amor vale más en la medida que más entregamos de lo nuestro para bien de los amigos y la máxima entrega está en lo que más valoramos, esto es, la propia vida.

¿Tenemos ese amor? ¿Estamos dispuestos a dar la vida por los amigos? Este es el amor que Cristo quiere que tengamos entre los cristianos. Tenemos que estar dispuestos a morir por nuestros hermanos como hicieron algunos de los mártires. Podríamos decir todos si consideramos la entrega por Cristo amigo.

Cada vez que tengamos que hacer una entrega de algo nuestro consideremos que lo hacemos por nuestros hermanos o por el mismo Cristo nuestro amigo. Porque amor con amor se paga. Siempre hay posibilidades de hacer entrega de algo nuestro y recordemos que a mayor entrega mayor amor.

+ Amigos no siervos

Jesús nos considera sus amigos porque nos ha dado a conocer todo lo que el Padre ha querido revelarnos. Y esto es una gracia enorme. Conocer a Dios y las cosas de Dios. Hay mucha gente que no conoce lo que nosotros conocemos y ¿es acaso que Cristo nos lo reveló por ser mejores? No, sino por una elección gratuita la que nos hace sus amigos.

Pero pone una condición para ser sus amigos, mejor dicho, para continuar siendo sus amigos, es decir, para seguir haciéndonos objeto de su gracia, y es cumplir lo que nos manda. Y principalmente su mandamiento de amor al prójimo como Él nos enseñó.

Quizá, muchas veces, nos cuesta entender las cosas de Dios o ser amigos de Jesús. ¿No será porque no amamos más a nuestros hermanos? Lo que hacemos a nuestros hermanos lo hacemos al mismo Cristo porque Cristo vive en nuestro prójimo.

+ Elección gratuita y con un fin

Y no merecemos ser sus amigos y no hemos nosotros elegido primero ser sus amigos sino que Él nos ha elegido. Nos ha elegido para ser sus amigos y sus discípulos. Somos seguidores de Cristo.

El estar con Cristo nos lleva al conocimiento de Dios pero, además, a adquirir muchos frutos que permanezcan. Cuando tenemos a Cristo en nuestra alma, cada obra buena vale para la vida eterna y cuando transmitimos a Cristo a nuestro prójimo y hacemos, de cualquier manera, que viva en él producimos en ellos frutos de vida eterna. ¡Qué hermoso poder llevar a las almas la gracia de Dios! sea por nosotros en el sacramento de la penitencia, sea por otros motivándolos a la conversión.

+ Pedir en nombre de Cristo

Finalmente, lo que pidamos en nombre de Cristo, el Padre lo concederá porque somos sus amigos y también por la eficacia del mismo nombre de Jesús. Todo lo que pidamos nos lo concederá. ¡Cuántas veces somos desoídos en nuestras peticiones! Porque las hacemos en nuestro propio nombre y no en el nombre del Hijo amado del Padre.

INFO - Homilética.ive

Función de cada sección del Boletín

Homilética se compone de 7 Secciones principales:

Textos Litúrgicos: aquí encontrará Las Lecturas del Domingo y los salmos, así como el Guion para la celebración de la Santa Misa.

Directorio Homilético: es un resumen que busca dar los elementos que ayudarían a realizar un enfoque adecuado del el evangelio y las lecturas del domingo para poder brindar una predicación más uniforme, conforme al **DIRECTORIO HOMILÉTICO** promulgado por la **Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos de la Santa Sede en el 2014.**

Exégesis: presenta un análisis exegético del evangelio del domingo, tomado de especialistas, licenciados, doctores en exégesis, así como en ocasiones de Papas o sacerdotes que se destacan por su análisis exegético del texto.

Santos Padres: esta sección busca proporcionar la interpretación de los Santos Padres de la Iglesia, así como los sermones u escritos referentes al texto del domingo propio del boletín de aquellos santos doctores de la Iglesia.

Aplicación: consta de sermones del domingo ya preparados para la predica, los cuales pueden facilitar la ilación o alguna idea para que los sacerdotes puedan aplicar en la predicación.

Ejemplos Predicables: es un recurso que permite al predicador introducir alguna reflexión u ejemplo que le permite desarrollar algún aspecto del tema propio de las lecturas del domingo analizado.

¿Qué es el IVE, el porqué de este servicio de Homilética?

El **Instituto del Verbo Encarnado** fue fundado el **25 de Marzo de 1984**, en San Rafael, Mendoza, Argentina. El 8 de Mayo de 2004 fue aprobado como instituto de vida religiosa de derecho Diocesano en Segni, Italia. Siendo su Fundador el Sacerdote Católico Carlos Miguel Buela. Nuestra familia religiosa tiene como carisma **la prolongación de la Encarnación del Verbo en todas las manifestaciones del hombre**, y como fin específico la **evangelización de la cultura**; para mejor hacerlo proporciona a los misioneros de la familia y a toda la Iglesia este servicio como una herramienta eficaz enraizada y nutrida en las sagradas escrituras y en la perenne tradición y magisterio de la única Iglesia fundada por Jesucristo, la Iglesia Católica Apostólica Romana.

Este Boletín fue enviado por: homiletica.ive@gmail.com
Provincia Ntra. Sra. de Lujan - El Chañaral 2699, San Rafael, Mendoza, 5600, Argentina
Instituto del Verbo Encarnado